

EL INSTANTE:
CRÍTICA KIERKEGAARDIANA A LA HIPOCRESÍA CULTURAL¹

Christopher Barba Cabrales
Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma, Italia

Resumen

La presente investigación ha tenido como punto de base la reflexión kierkegaardiana sobre la situación de su época realizada a través del pseudónimo Anti-Climacus en *El Instante*. Se hace notar la anticipación y también la vigencia de su crítica cultural desde cuatro puntos fundamentales: la manipulación del lenguaje, la categoría de público-masa como anonimato existencial, el delito de la hipocresía como forma de falsificación de la existencia y dentro de la sociedad “cristiana”, terminando con la inautenticidad de lo religioso, con especial referencia al olvido que ha hecho la cristiandad de lo específicamente cristiano. Se trata de un intento de presentar la actualidad de la crítica kierkegaardiana al orden establecido desde una fuente de comunicación directa.

Palabras clave

Instante, lenguaje, hipocresía, público, religión.

Abstract

This essay takes into account Kierkegaard's interpretation on the situation of his age through the scope of the pseudonymous Anti-Climacus in *The Moment*. His visionary and ahead of its time cultural critique is analyzed focusing on four main features: the manipulation of language, the category of multitude as existential anonymity, the crime of hypocrisy as a way of tampering existence within the so-called Christian society, and the falsehood of the religious, taking into special account the oversight of the specifically Christian by Christendom. This aims to present the current validity of Kierkegaard's critique of the established order in a work of direct communication.

Keywords

Moment, language, hypocrisy, public, religion.

¹ Recibido: 1 de junio de 2015. Aceptado: 26 de julio de 2015.

Todas las obras de Kierkegaard manifiestan la diatriba que dirigió no solo al cristianismo, sino a toda la cultura de su época. Una crítica que buscaba patentizar el ofuscamiento de las consciencias y de los sujetos ante la existencia. La crítica como el efectuar un juicio respecto a una determinada realidad, especificando con ello su desacuerdo con la verdad, subrayando con distintos recursos retóricos el fracaso de las estructuras que dan orden al caminar social e incluso su desmedida proporción, constituye uno de los puntos medulares en la comprensión filosófica de Kierkegaard respecto al orden establecido. Baste solo mirar sus procedimientos lógicos, el objetivo de sus escritos y juegos de pseudónimos, las dedicatorias de sus discursos edificantes, las anotaciones de su diario etc., para comprobar una y otra vez las distintas denuncias que Kierkegaard realizó.

La presente investigación tiene por título *El Instante. Crítica kierkegaardiana a la hipocresía cultural*. Ha sido un título inspirado por la lectura de la revista que Kierkegaard en el último año (1855) de su vida publicó y que ha llegado a nuestras manos con el título de *El Instante* conformado por diez números (el último, por cierto, de publicación póstuma). La traducción al castellano apareció en el año 2006 gracias al trabajo de un grupo de investigadores argentinos.

La experiencia de leer el texto puede surgir distintos efectos dependiendo la óptica desde la cual sea leído, pero sin lugar a dudas, tal vez sea la parte de la vida de Kierkegaard donde se puede observar, con mucha claridad, la polémica que en los últimos años en la Copenhague del siglo XIX, mantuvo con la iglesia oficial de y con la sociedad. Puede ser que se perciba, incluso una cierta agresividad en algunas de las formas lingüísticas que utiliza el pensador danés, porque efectivamente estamos delante de varios textos que colocados juntos provocan un gran terremoto que sacude los fundamentos del orden establecido, contra el Kierkegaard no tiene ningún tipo de piedad al hacer de este texto una muestra de tipo satírico de manera absoluta². ¿Pesimismo? Más bien creo que es importante, antes de hacer un juicio, no olvidar que hay una historia detrás de esta polémica que, en cierto modo, podría justificar algunas posturas, que descontextualizadas, podrían parecer exageradas e incluso desproporcionadas.

No es mi objetivo dentro del presente artículo el tenerme en detalles históricos, sino concentrarme en cuatro aspectos fundamentales de la cultura, no solo para época del filósofo danés, sino aplicables en cualquier tiempo. Por

² Cfr. Alastair Hannay, *Kierkegaard. Una biografía*. Universidad Iberoamericana, trad. de Nassim Bravo Jordán, Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2010, p. 499.

esta razón, he decidido omitir, dentro de la exposición, nombres y referencias particulares, prefiriendo concentrarme directamente en las indicaciones que hace Kierkegaard en lo que tiene relación con el lenguaje, al estado, a la sociedad y la religión, terminando con una breve conclusión sobre la actualidad de su crítica en cada apartado y por ello omitiendo, una conclusión final.

En el no. 6 de *El Instante* fechado el 23 de agosto de 1855 Kierkegaard tiene una frase autobiográfica: “Los genios son como los truenos: van en contra del viento, asustan a los hombres, limpian el aire. Lo establecido ha inventado numerosos pararrayos. Y resulta. Sí, vaya si resulta; y resulta que la próxima tormenta será aún más seria”³.

Veamos en qué medida Kierkegaard es una tormenta que sacude no solo al orden establecido de su época, sino cuyos rayos alcanzan al nuestro y así, por lo menos vislumbremos cuáles son los pararrayos que no son capaces de soportar la seriedad de su crítica, para entonces poder enfrentar la tarea de la existencia⁴.

I. Lenguaje y manipulación: el vacío de una época

“Ser escritor: eso sí que me agrada...pero a mi modo”⁵. Kierkegaard reconoce que el medio por el cual él mismo se descubre es a través del lenguaje. El conoce los caminos de la elocuencia y de la suspicacia para atraer a sus lectores. Paradójicamente no es un anónimo, sino que se deja ver y resalta, con sus construcciones retóricas, las no verdades que circulan en el orden establecido y que incluso le dan un sustento. Así, Kierkegaard ha podido hacer del lenguaje un instrumento de su ingenio: “he podido contarle de los pensamientos y, como artista enamorado de su instrumento, entretenerme con el idioma arrancándole expresiones que el pensamiento reclamaba”⁶. Ello, nos hace evidente la gran estructura lógica que Kierkegaard poseía y que le daba la fuerza necesaria para hacer del lenguaje una herramienta para desenmascarar el malestar de su tiempo: a veces con metáforas, la mayor

³ Søren, Kierkegaard, *El Instante*, trad. Andrés Roberto Albertsen. Madrid: Trotta, 2006, pp. 96-97 / SVI XIV 219.

⁴ N.B. Para una visión más amplia de la crítica que Kierkegaard ha realizado al orden establecido véase Carlos Goñi, *El filósofo impertinente. Kierkegaard contra el orden establecido*. Madrid: Trotta, 2013. El autor presenta, una visión de tipo monográfica, acerca de cómo la tarea del filósofo de Copenhague puede plantearse como una denuncia contra la decadencia de una época.

⁵ Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 19 / SVI XIV 105.

⁶ *Ibíd.*, p. 19 / SVI XIV 106.

parte a través de ironías, y con otros recursos, el filósofo danés bate con todas las posibilidades de mantener una estabilidad.

Sin embargo, en el texto que nos ocupa encontramos una cantidad de recursos todos dispuestos para realizar una crítica directa a la falta de carácter del tiempo en que vive. Hay una particularidad de la que Kierkegaard mismo nos da cuenta, a saber, que durante mucho tiempo la denuncia y la profecía estaban como indirectamente proporcionadas por un juego complejo que yace en la estructura de toda su obra. En *El Instante*, el filósofo danés describe su actuación precisamente con la categoría de «el instante», es decir, de manera directa, arrojando con toda su fuerza la vaciedad de la situación que le rodea. Ya no recurre a la comunicación indirecta, sino que indica el malestar de una época en la veía de distintas maneras que se degradaba no solo al Cristianismo, sino al individuo.

Como lo he precisado en la introducción, es claro que Kierkegaard se dirige al cristianismo oficial, pero si consideramos este como la totalidad, podemos concluir que el orden establecido que Kierkegaard denuncia como hipócrita, es también la sociedad en su conjunto. Por ello, en estos textos encontramos: sátiras, burlas, ironías, contradicciones hechas evidencias, mentiras sacadas a la luz, inflación de personajes a través de panegíricos: un sin fin de medios del lenguaje que ayudan a evidenciar un sistema que va hacia la ruina, en tanto falto de seriedad y de actuar en «el instante». Kierkegaard afirma que durante mucho tiempo ha querido mantenerse a distancia, pero ahora ha llegado el momento de enfrentar por medio del lenguaje escrito, en forma directa, a su generación porque no permitiría dejarla en la mentira⁷. En otras palabras se puede decir que se trata de evidenciar la realidad de fondo que entraña un orden yuxtapuesto a un desorden que es propio del individuo que se diluye a través del lenguaje.

Como bien se puede observar, en las advertencias que hace Kierkegaard hay una relación entre instante y lenguaje, es decir, entre presente y mediación de este a través de su significación. El lenguaje sirve a Kierkegaard en tanto se relaciona con el instante que salva al individuo de lo ideal y de lo meramente especulativo, llevándolo delante de lo decisivo, delante de lo que realmente hay, hoy-ahora, delante de la realidad: por medio del lenguaje se retrata el vacío de una época, la aniquilación de la pasión en lo que reguarda a la existencia; a través de la utilización de las construcciones lingüísticas el pensador danés clarifica, desde distintos ángulos, en qué medida su época se convertía en lastimosa para el auténtico existir en la

⁷ Cfr. Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 20 / SV1 XIV 106.

medida en que falsificaba, a través del propio lenguaje, lo que significa ser auténticamente cristiano.

Para Kierkegaard el lenguaje no solo es una cuestión inherente al hombre, sino que el hombre viaja por su existencia a través del lenguaje, incluso el silencio es lenguaje: cuando a través de una ironía se hace evidente el falseamiento de la realidad, hay un momento negativo del lenguaje, entonces este se descubre en quien lo porta como un arma que presenta lo evidente y, en tanto tal, no necesitado de verificación, pues mediante el aguijón de la burla, la ironía y el sarcasmo, se ataca a los fundamentos de la estructura. Por ejemplo:

Los testigos de la verdad piensan más o menos como sigue: así como el dicho asegura «que no se debe de hablar de la sogá en la casa del ahorcado» así también sería una locura que en las iglesias se citaran aquellas Palabras de la Palabra de Dios que ponen al cielo por testigo contra toda payasada del pastor⁸.

El texto logra expresar con claridad la manipulación que hay del lenguaje a conveniencia de quien lo usa: se trata de una yuxtaposición que se da entre aquellos que salvaguardan el «bienestar» de la comunidad, luego entonces, el sacrificio del lenguaje es válido siempre y cuando ayude a garantizar este estado, aunque su relación con el instante sea lo no verdadero. En estas circunstancias, el lenguaje no expresa nada, sino solo es el soporte de la falsificación de la existencia que no logra apuntalar hacia la apropiación de la seriedad del momento que se vive y de la responsabilidad. Por el contrario, queda todo en la imaginación proyectada como realidad en el orden establecido.

Esta colección de revistas también son una expresión elocuente de lo que Kierkegaard entiende por el silencio del público en este contexto específico, es decir, no decir nada frente a la inautenticidad⁹. Se trata de un momento en que todo mundo guarda silencio; es la hora en que todo mundo calla, porque no tienen de que hablar, más aún, lo que comunican es solo imaginación, ilusión, lo cual para Kierkegaard es peor que la peste¹⁰.

⁸ *Ibíd.*, p. 47 / *SVI XIV* 144.

⁹ N.B. El tema del silencio en Kierkegaard es muchas más amplio de lo que en el presente artículo presentamos especificamos como “silencio del público”. Se trata de un tipo de silencio que no reguarda a la individualidad sino a la masa. En la obra de Kierkegaard en papel del silencio es fundamental para comprender obras como *Temor y temblor*. Para profundizar el tema del silencio en Kierkegaard: Cfr. Catalina Dobre, *La experiencia del silencio*, México: Editorial Corinter, 2009.

¹⁰ Cfr. Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 112 / *SVI XIV* 240.

Cuando la imaginación es predicada como la verdad; cuando la existencia queda al margen de lo que implica decididamente existir; cuando el lenguaje se convierte en aliado de este tipo específico de silencio que buscar acallar cualquier voz que pueda contradecir lo establecido y generar cualquier exaltación que le contradiga, es entonces cuando el lenguaje se convierte en portador de la estabilidad de un sistema, de un orden.

Desde esta perspectiva se debe entender la crítica mordaz que hace Kierkegaard a los poetas quienes disfrazan la realidad con construcciones que debilitan su gravedad, de aquí su expresión: “poesía es hipocresía elevada al cuadrado”¹¹. Bien vale la pena señalar que no se trata que Kierkegaard considere que el trabajo de los artistas por sí mismo, en el caso de los poetas, sea una hipocresía, sino solo en la medida en que estos se ponen al servicio del orden establecido y a través de estilos literarios se engrandece aún más la falsedad de una manera estética.

Ante ello podríamos preguntarnos: ¿En qué medida el lenguaje y su utilización es solo un procedimiento para arraigarnos más en lo establecido como “lo normal”? ¿Ha renunciado la filosofía a la verdad en su “quehacer”? Más aún, ¿El lenguaje es hoy en día el medio a través del cual el hombre accede al instante desde la seriedad que ello comporta la existencia entendida como un camino ante el cual es necesario elegir?

Es evidente que estamos ante un claro florecimiento de la sofística que sumerge al hombre al capricho de estructuras lingüísticas carentes de significado y vaciadas de contenido, estamos en la hora del silencio del lenguaje cuya expresión reclama una apropiación verdadera del hombre y de sus logros. Hoy más que nunca, dadas las condiciones en las que está expuesto el mundo, es necesario que el lenguaje sea un medio eficaz no solo para saturar nuestra mente con información, sino que pueda ser un lenguaje auténtico en la medida en que propicia canales existenciales que permiten a cada individuo ser contemporáneo de uno mismo.

II. *El individuo y el Estado: el público cifrado*

El Instante combate la idea de un Estado que se ha apropiado de todo, incluso de la verdad en lo que respecta a la realización del individuo¹². Es

¹¹ *Ibíd.*, p. 112 / *SVI XIV* 240.

¹² Cornelio Fabro ha subrayado la defensa que hace el pensador danés del individuo. No deja de ser sugerente el paralelismo que realiza con Marx en su primera etapa, en los escritos de juventud, aunque ciertamente desde un enfoque y con un objetivo diverso. Cfr.

claro, que de fondo, Kierkegaard nuevamente se enfrenta con el hegelianismo y la reducción del individuo singular a un momento necesario dentro del devenir histórico: el individuo singular ha quedado reducido a una cifra. No es solo una vez, Kierkegaard aprovecha cada momento para hacer referencia y subrayar el mal que ha causado el Estado al individuo porque lo ha colmado de una aparente estabilidad que ahora, el mismo orden determina lo cristiano y no la fe que se enfrenta a la paradoja de la vida: el Estado garantiza la bienaventuranza eterna y haciendo mofa de ello Kierkegaard exclama “¡que generoso!”¹³.

La tarea de Kierkegaard respecto al Estado es hacer que “desaparezca la ilusión”¹⁴ de que todo se encuentra bien; de que la sociedad va por buen camino; de que el hombre cada día está mejor. La ilusión es una especulación ingenua sobre la situación presente que vive el individuo y que se lanza al común imaginario para mantenerlo fuera de sí, de la realidad y por tanto de su exigencia. Se podría decir que el Estado actúa negando la contradicción que dentro de sí mismo contiene y que deja al individuo, en cierto sentido, instrumentalizado, en cuando queda engranado en un cierto tipo de movimiento automático, en el que ya no es necesario hacer frente a la realidad porque la proporción entre Estado e individuo es descomunal: el Estado queda establecido en lugar o sobre el individuo. No se trata de una relativización, sino de una total absorción por parte del Estado, ahora este ha venido a ocupar todas las dimensiones que le corresponden al individuo. El Estado genera, en su movimiento, un conglomerado de inautenticidad que sobretodo Kierkegaard ha denominado como masa o público¹⁵.

Dentro de *El Instante*, el público cifrado hace referencia a la idea de Kierkegaard sobre la despersonalización o de la incapacidad para la interioridad, para entablar un duelo con la misma subjetividad. El Estado lo que hace, dado que todo lo pone en referencia a sí, supedita el individuo a la masa, a la multitud, creando una especie de hombres sin rostro porque son incapaces de reconocerse en su humanidad, diría Kierkegaard deviniendo en su singularidad. Por ello, el filósofo danés juzga al Estado como promotor de todo lo que no es cristiano y al cristianismo oficial lo considera fuente

Cornelio Fabro, *Tra Kierkegaard e Marx*, Roma: Logos, 1972. Luis Guerrero, “Crítica al orden establecido”, en *Ironía y destino: la filosofía secreta de Søren Kierkegaard*, Barcelona: Herder, 2013.

¹³ Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 32 / SVI XIV 121.

¹⁴ *Ibíd.* p. 31 / SVI XIV 120.

¹⁵ Cfr. Julia Watkin, *Historical Dictionary of Kierkegaard's Philosophy*, Oxford: Scarecrow Press, 2001, p. 59.

de esta cifra, en tanto ahora lo importante no es la fe que se vive en la totalidad de una vida, que es incluso capaz de sacrificar su sangre por la verdad, sino que todos sean cristianos, lo que equivale a que en realidad se ha renunciado a lo individual, pues el que alguien nazca en una sociedad cristiana no garantiza que aquel individuo realmente asuma hasta las últimas consecuencias su ser cristiano¹⁶.

Lo que busca el Estado es “mantener esta ilusión”¹⁷, seguir jugando a que todos son cristianos, cuando nadie es capaz siquiera de reconocer al otro, a sí mismo como individuo. En pocas palabras: para Kierkegaard no se puede disociar el yo de la nosotros como masa porque si se opta por este último, el resultado es el juego de la ilusión. De esta manera, se entiende que Kierkegaard afirme que “el estado es directamente proporcional a las cifras (lo numérico)”.

Aquí entra un juego otra relación importante que aparece en el texto: lo numérico y la indiferencia. En efecto, el individuo reducido a número en el Estado, se parece a un público cuyo interés por lo que sucede es nulo, es decir, la cifra es indiferente porque es solo un acomodo artificial que nos da cuenta de una presencia meramente cuantitativa, pero no de la existencia y entonces, dado que atañe al individuo mismo, se convierte en “la más profunda, la más perversa y peligrosa forma de indiferencia... Una sociedad de la que diría Sócrates: no son humanos, sino que, por ser público, se han deshumanizado o se han deshumanizado por ser nada más que publico”¹⁸.

Queda claro entonces el gran mal del Estado: ha llevado al hombre fuera de sí. En vez de propiciar un progreso, ha originado, en su cerrazón a la verdad y en su terca permanencia en la ilusión, una cifra que es solo publico indiferente ante lo que le sucede: no se asombra, no se interroga, no se angustia, no se asusta, no le interesa buscar, y la verdad se decide en razón del número y del consenso. En su discurso sobre la inmutabilidad de Dios, presente en este conjunto de escritos, Kierkegaard revela como una síntesis de su crítica y de su preocupación respecto al hombre: “¡Oh, este corazón humano, que no esconderás en tu misterioso recinto, desconocido para otros - y esto es lo peor - y a veces incluso desconocido para el propio interesado”¹⁹.

¹⁶ Cfr. John Lippitt, *The Oxford Handbook of Kierkegaard*, Oxford University Press, 2013, pp. 44-61.

¹⁷ Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 48 / SVI XIV 145.

¹⁸ Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 100 / SVI XIV 223.

¹⁹ *Ibid.*, p. 149/ SVI XIV 291.

Entonces se puede deducir que para el filósofo danés uno de los grandes males del hombre de su tiempo es haber perdido el interés por ser un yo, lo que equivale a vivir en el anonimato, a vivir en calidad de público fuera de la propia existencia, dejando pasar el instante en el que se juega todo y toda posibilidad: para el público la libertad queda lejos, pues se aleja de ella en tanto más alejado de sí mismo se encuentra. Kierkegaard sella con un argumento su posición respecto al idealismo: “ser espíritu es no ser como los otros”²⁰. Claro, para Kierkegaard el espíritu no es el *logos* que se despliega en las etapas de la historia, más aún, es el hombre, el individuo singular quien se enfrenta a su historia desde la dialéctica de la libertad, no porque el mundo carezca de un orden o porque no lo necesite, pero para Kierkegaard, a diferencia de Hegel, el concepto de necesario no se enfrenta con la libertad personal, sino que ambos constituyen una relación de síntesis que va humanizando los hechos, haciendo ver que no son hechos atómicos, sino esencialmente sucesos de libertad: el hombre, pese a las circunstancias que viva, puede y debe enfrentarse para ser espíritu. Quien cae en el sueño del público acepta sin más ser una cifra, ser alguien como los otros²¹.

Las grandes metrópolis y la globalización, el auge de los sistemas políticos decadentes y la crisis de la sociedad contemporánea ¿No están en cierto modo convirtiendo al mundo en cifras? ¿No será que las instituciones, que ya de por sí viven en el descrédito por su fracaso en el siglo pasado, son butacas de una población a la que se ha alimentado con la indiferencia respecto a sí? ¿No será que el Estado se ha convertido en una *caricatura irónica* de lo que nosotros mismos no somos y a la que todos nos hemos acostumbrado? Y pienso ahora de manera particular en la sociedad mexicana ¿Dónde están los mexicanos ante un país donde el orden establecido parece cada día más un insulto a la inteligencia y a la libertad? ¿No será tarea de la filosofía ayudarnos a abrir brechas que puedan recuperar nuestra individualidad y así humanizarnos? Es claro que las respuestas son una tarea que apela a nuestra conciencia como una necesidad urgente de nuestra libertad.

²⁰ *Ibíd.*, 192 / SVI XIV 355.

²¹ N.B. Son numerosas las referencias a la crítica de la visión hegeliana que en la época de Kierkegaard estaba muy difundida. Para un estudio a profundidad sobre la relación entre Kierkegaard y Hegel Cfr. Jon Stewart, *Kierkegaard's Relation to Hegel Reconsidered*, Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

III. Mundo y sociedad: el delito de la hipocresía

El mundo y la sociedad occidental son una diada de la que profetizaron muchos, sobre todo en el siglo de Kierkegaard. De hecho, muchas críticas que realizó el filósofo danés fueron después formuladas por los grandes filósofos de la sospecha. De aquí que exista realmente una cierta cercanía, de la que algunos han hablado, entre estos filósofos con Kierkegaard. Lo cierto y lo que más nos interesa es que el mundo y la sociedad danesas de la época vivían, tanto en los ambientes académicos como en todo el engranado social, un cierto acomodamiento sobre todo en lo concerniente a lo propiamente cristiano, más aún, según Kierkegaard, el cristianismo había falseado tanto su mensaje que en realidad, lo que existían eran solo un conglomerado de cifras²². El mundo que se organiza en la sociedad y la cual, al mismo tiempo, se redirecciona en razón de su comprensión del mundo, poseía una sustancia mediocre. Por supuesto que no se trata, de ninguna forma, que Kierkegaard odiara el mundo por sí, más bien denuncia la ausencia de congruencia en la realización concreta de lo cristiano. El mundo, la “sociedad cristiana” se había convertido en lo opuesto al cristianismo²³.

¿Cuál es el mal que afecta al mundo-sociedad? El delito de la sociedad es precisamente la hipocresía en todos los rubros. ¿Cómo entiende Kierkegaard la hipocresía y como se relaciona con la sociedad? Como lo hemos mencionado, para él la hipocresía es un delito de sangre en tanto atenta contra la vida y la verdad, es decir, quien solo finge ser algo que no es, falsifica su verdad existencial, juega con ella de manera cruel. Lo paradójico es que el juego sencillamente no termina en lo lúdico, sino que dado que se trata de la existencia, todo adquiere un sentido amplio y decisivo, de aquí la posibilidad de la utilización de la ironía y el sarcasmo. La sociedad vive bajo las categorías de la hipocresía porque no asume la verdad, no se apropia de ella, renuncia al riesgo que ello conlleva y eso es un delito porque mata, en cierto sentido, la realidad: “Tan profundamente está unida la hipocresía al hecho de ser hombre que, justo cuando el hombre natural se encuentra mejor que nunca y ha conseguido armarse un culto a su medida, se escucha el juicio de Cristo: eso es hipocresía, es delito de sangre”²⁴.

²² Per Lønning, *Kierkegaard's View of Christianity*, en “Bibliotheca Kierkegaardiana”, Vol. I, Copenhague: Reitzel, 1978, p. 146.

²³ Cfr. Søren Kierkegaard, *Ejercitación del cristianismo*, trad. Demetrio Gutiérrez Rivero. Madrid: Trotta, 2009, p. 60.

²⁴ Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 50 / SVI XIV 146.

Como puede observarse en esta cita, la hipocresía no solo hace referencia a quien simula, sino a quien se constituye como parámetro de lo verdadero: el hipócrita toma solo lo que le conviene en el momento determinado y después lo deja, para en otra situación, volver a hacer lo mismo para que lo vean. No se arraiga en la verdad porque no tiene fundamento y sin fundamento fácilmente es volátil a lo que el mundo establece como orden en distintos rubros y esferas: político, económico, social; con distintos rostros, pero con una misma noción, el hecho abarca el no comprometerse con nada de tal manera que se pueda tener la “libertad” de ser todo y nada a la vez; seguir viviendo en la ilusión, aunque el hipócrita no siempre es consciente de que vive en el vacío propio de la sustancialidad del mundo:

Eso es lo que se pretende; y, en cierto sentido, es coherente, porque al estar uno preso de la ilusión (y con mayor motivo si además se está interesado en mantener esa ilusión), justamente por eso es necesario que se quiera lo que no puede sino alimentar la enfermedad, algo muy común, ya que lo que más gusta al enfermo es precisamente lo que alimenta la enfermedad²⁵.

El hombre busca la hipocresía cuando se siente rebasado por su propia realidad, por su propio proyecto a realizar. El mundo busca fomentar una especie de sociedad en la cual todos vivan, unos con otros, en una armonía de la que, con palabras de Kierkegaard, dan ganas de tomarse una poción de hastío. La hipocresía es un delito contra la realidad, es un robo a la verdad, es la forma más cínica de ser en este mundo. Pues se goza de un prestigio, de una carrera, de un sueldo, de una vida de familia, de una condecoración académica tal vez, pero en el fondo de la existencia lo que late como sustancia es la apariencia, es decir, la incapacidad voluntaria para tomar como parámetro de todo la verdad apropiada quedándose solo en la apariencia, en la superficialidad. Aquí, parece que se alza como un gigante la tarea del individuo: evitar la hipocresía, salvar a la sociedad de este mal, advertirla, despertarla.

La hipocresía no es un defecto del carácter, sino una enfermedad del mundo a la que nos hemos acostumbrado tanto que la hemos incorporado a nuestras categorías. *El Instante*, me atrevo a definirlo así, es un canto para despertar de ella, una llamada para sacudir la somnolencia del mundo y de la sociedad y así, por lo menos, se pueda reconocer que se ha dejado atrapar por ella.

²⁵ *Ibíd.*, p. 61 / SVI XIV 169.

La verdad exige radicalidad, y en cuanto a la existencia exige del individuo que sea tal en la libertad, la cuestión fundamental es no dejar más a la verdad en el despojo y la humillación²⁶. Solo la sustancia de la verdad puede unificar mundo y sociedad, pues la verdad porta lo que está llamado a ser el hombre en su devenir histórico y solo la verdad ayuda a la sociedad a cuidarse de no desviarse hacia el camino insustancial de la hipocresía. Pero ¿de qué hipocresía se trata? A ello Kierkegaard nos responde: no hay nada que el mundo admire tanto como las formas sutiles de la hipocresía.

¡Las formas sutiles, las más sutiles, de la hipocresía! Pero nótese que estas a veces podrían aparecer de manera que desde el punto de vista moral no siempre fueran la mayor culpa del interesado. Piensa en unos grandes dones, una inteligencia extraordinaria y un carácter débil: esta composición dará una de las formas más sutiles de la hipocresía, mientras que el interesado, desde un punto de vista moral, quizá no sea tan culpable, no tan culpable ante Dios. Por el contrario, es muy cierto que para los otros es justamente la más peligrosa de hipocresía; para los otros, es decir, para quienes se comportan frente al maestro como aprendices receptivos²⁷.

Entonces la sutileza de la hipocresía se formula de manera discreta, a tal grado, que el mundo tiene como arquetipo, no el *ethos* sino el comportamiento externo del que simula. *Pathos* y *ethos* no confluyen, sino que se diluyen dando lugar a una forma de pseudoexistencia a la que las mismas estructuras e instituciones sociales llevan, como un mecanismo automático. A lo que apela Kierkegaard en el fondo es a que la vida no sea una predicación de la nada, sino que por el contrario, a que la existencia pueda ser testigo de la verdad en tanto es realizada, hasta el punto de ser sufrida en primera persona. Para Kierkegaard es necesario “combatir la astucia del hombre que solo busca una cosa: poder vivir sin responsabilidad”²⁸.

En el ámbito de nuestro mundo podríamos pensar si no es que el orden establecido nos ha llevado directamente a una vida así. Tal vez en la situación concreta a la que hemos sido arrojados haya renunciado de antemano al *ethos* que comporta siempre una verdad fundamentadora. Muy probablemente nosotros, que hacemos el mundo y lo conformamos, vivimos en el

²⁶ Cfr. Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 162 / SVI XIV 310.

²⁷ *Ibíd.*, p. 165 / SVI XIV 313-314.

²⁸ Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 196 / SVI XIV 360.

automatismo y transferimos nuestra responsabilidad a los imaginarios y con ello avalemos el delito de la hipocresía²⁹.

A este respecto, Kierkegaard refiriéndose a la tarea de los pastores en el ámbito de la Iglesia luterana oficial de su época comenta: “El significado del pastor para la sociedad debería consistir en hacer de todo para que el hombre se hiciera eternamente responsable de cada hora que vive, incluso en lo mínimo que hace”³⁰. Podríamos trasladar esta misma idea por supuesto a las instancias religiosas y a quienes hacen cabeza, pero también a todos los líderes de nuestro mundo. ¿No tendrían ellos que procurar la responsabilidad como una consecuencia de vivir en la verdad? ¿No será que renunciar al *ethos* y al *pathos* ha sido el derrumbe y el colapso de la humanidad? ¿No estará la filosofía también jugando fríamente a realizar discursos establecidos para sostener la no verdad del mundo? O acaso ¿no es la sociedad responsable de enajenar al hombre y de sustraerlo de sí? ¿No será que el opio del pueblo es su hipocresía sutil, engañosa, cómoda y hasta filosófica?

IV. Religión y verdad: el paganismo refinado

El Instante es una crítica a la religión cristiana, o más bien al cristianismo oficial, mordaz, implacable y sin ningún tipo de compasión, más aún, su compasión es su denuncia. Aquí entran, definitivamente cuestiones filosóficas fundamentales y esenciales en tanto van directamente a los fundamentos. En primer lugar, este conjunto de revistas muestran la articulación de su pensamiento desde una perspectiva lógica singular, desde una categoría fundamental que está profundamente relacionada con lo religioso, pues para Kierkegaard “lo que es servicio de Dios es o lo uno o lo otro”³¹.

Kierkegaard es consciente de que su crítica ha hecho evidente la situación de lo religioso como una situación lastimosa para la autenticidad de la existencia; es consciente de que los individuos prefieren no interrogarse porque de cierta manera “aman el orden habitual de las cosas al que por nada quieren renunciar”³². La situación de lo religioso es la mediocridad, pero se está tan a gusto así que el hombre no es capaz de *tomar un vómito* para reaccionar, como lo expresa Kierkegaard. El hombre prefiere quedarse

²⁹ Cfr. Gregor Malantschuk, *Kierkegaard's Concept of Existence*, Macon: Marquette University Press, 2003, p. 133.

³⁰ Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 196 / SVI XIV 360.

³¹ Søren Kierkegaard, *El Instante*, p. 22 / SVI XIV 108.

³² Cfr. *Ibid.*, p. 25 / SVI XIV 113.

donde está, sin reconocer que su situación es la de un malestar con la verdad. La religión, de manera concreta en Kierkegaard el *cristianismo de la cristiandad*, ha sacado de sí la verdad, se ha quedado sin sustancia.

Es claro que la verdad implica un todo relacional que debería especificar la existencia individual: la verdad es Cristo y quien se relaciona en la contemporaneidad con Él vive bajo la categoría de *o lo uno o en lo otro*. Se enfrenta a lo decisivo porque se apropia la verdad, que para Kierkegaard es una persona concreta ante la cual hay que posicionarse y desde allí establecer una relación. El filósofo danés piensa que la iglesia oficial “ha convertido en poesía el cristianismo”³³, es decir, ha adornado tanto sus formas que este se presenta al mundo distinto de lo que es, quedando solo el ideal de la mediocridad³⁴.

Analicemos por un momento este último aspecto. La mediocridad en el cristiano es equivalente a un individuo que no asume el riesgo de su existencia, en tanto no se abre a la fe verdadera, es decir, renuncia a sufrir por el hecho de no establecerse en lo decisivo. Tanto en danés como en alemán es mucho más fuerte este último verbo porque en estos idiomas se habla de “encontrarse con la decisión”, salir, ponerse delante de lo uno o lo otro y asumir el riesgo del encuentro, esforzarse por autocomprender la propia existencia, existiendo verazmente, apropiándose de la verdad³⁵. La mediocridad ni siquiera va en otra dirección, solo ve, mira con indiferencia, se diluye en la ilusión y se establece en el alejamiento de la verdad.

Pero existe un problema con la situación de lo religioso según Kierkegaard: el diagnóstico. Es decir, para poder hacer algo a favor de lo religioso es necesario diagnosticar bien la enfermedad para poder erradicarla y eso es difícil para el orden establecido dentro del cristianismo que Kierkegaard critica³⁶. Pues ello implicaría aceptar que también lo religioso está permeado de paganismo, de un refinado paganismo que permea los estratos clericales y también los estratos de todos los cristianos: son los mismos cristianos los que no viven en el instante, en la contemporaneidad con Cristo; son ellos los que optan por la desigualdad social, son ellos los muestran una división entre el binomio *ethos-pathos* como dimensiones existenciales paralelas in-

³³ *Ibíd.*, p. 45 / *SVI XIV 141*.

³⁴ *Cfr. Ibíd.*, p. 45 / *SVI XIV 142*.

³⁵ *Cfr. Giuseppe Gioisis*, “L’Istante. Kierkegaard e l’attacco alla cristianità costituita” en *Il Religioso in Kierkegaard*, Brescia: Editrice Morcelliana, 2002, p. 243.

³⁶ *Cfr. Søren Kierkegaard*, *El Instante*, p. 61 / *SVI XIV 169*.

compatibles; lo religioso puede también llegar a crear mecanismos que satisfacen aún aquello que todavía no es una necesidad.

Lo más funesto de todo es satisfacer aquello que aún no es necesidad. No se espera a que la necesidad aparezca, sino que se la provoca, o se busca producir con estimulantes algo que sea una especie de necesidad y luego se la satisface. ¡Oh, esto es indignante! Y, sin embargo, esto es lo que se hace en el ámbito religioso, y así se falsifica el sentido de la vida de las personas y se las ayuda a desperdiciarla³⁷.

La religión que debería ser un antídoto contra el orden establecido se convierte, cuando se falsifica, en un aglutinante que logra condensar la hipocresía convirtiendo lo religioso en paganismo refinado, es decir, se es cristiano pero cada quien a su medida y según sus posibilidades, al final lo que resulta es el divorcio entre lo finito y lo infinito. Y si en otra parte de *El Instante* Kierkegaard afirma que “lo extraordinario del cristiano es la libertad”³⁸, entonces podemos deducir que lo peor del cristianismo, en nuestros tiempos, es que sea un camino contrario a la libertad y a la verdad, que pueda incluso llegar a la falsificación del sentido pero encubriéndose con solemnidad a tal grado que la libertad auténtica es oprimida por lo religioso y la conduce por un camino ajeno a la verdad.

El resultado: el cristianismo de la «cristiandad», es: todo, absolutamente todo, ha quedado como estaba, solo que todo ha tomado el nombre de «cristiano» y, entonces, (¡que empiece la música!), ¡entonces vivimos el paganismo, tan alegremente, tan alegremente, una vuelta y otra vuelta y otra vuelta; o, mejor dicho, vivimos el paganismo refinado con la ayuda de la eternidad y con la ayuda de que todo es cristiano!³⁹.

Kierkegaard llega a considerar que el problema de haber renunciado a la verdad del cristianismo es que se ha vuelto tan decadente que solo se busca comercio, celebración dramática, entretenimiento, pero no lo decisivo, ni la seriedad. Al final, lo que debería hacer el cristianismo es arrancar al hombre de su inmediatez, de su somnolencia, de su insensatez, de su mezquindad. Pues si toda religión, según Kierkegaard busca una transformación

³⁷ *Ibíd.*, p. 63 / *SVI XIV 171*.

³⁸ *Ibíd.*, p. 77 / *SVI XIV 192*.

³⁹ *Ibíd.*, p. 81/ *SVI XIV 198*.

del hombre, con mucha mayor razón el cristianismo y resulta gravemente contradictorio que ahora sea la religión oficial que más se beneficie de lo inmediato y que busque que los hombres permanezcan allí. Así en palabras de Kierkegaard:

Toda religión en la que haya al menos algo de verdad -el cristianismo sin duda- busca una total transformación del hombre, quiere mediante el renunciamiento y la abnegación, arrancarlo de todo aquello en lo que él inmediatamente sostiene, de aquello en lo que inmediatamente tiene su vida»⁴⁰.

Lo que Kierkegaard busca con toda esta serie de denuncias es que el cristiano, el individuo, viva realmente en la contemporaneidad con la Verdad, que se relacione con ella, que se decida por ella y que en esa decisión se haga evidente en la lucha cotidiana por la existencia auténtica. El individuo ha minimizado su sentido y su horizonte para no complicarse la vida, para permanecer bajo los techos de la mediocridad. Sin embargo, esa reducción del sentido de la vida hace del individuo un necio que se aferra a su poquedad. Quien vive arrebatado de la verdad por voluntad propia, en el ámbito de lo religioso, vive hundido en lo finito aunque en su exterior se identifique el prototipo de cristiano, pues lo cristiano, desde esta perspectiva, es igual a paganismo refinado, una forma mentirosa, pero elegante de vivir lo religioso en su más burda y vana expresión.

Para Kierkegaard, cuando lo religioso no es capaz de acrecentar el sentido de la existencia en las dimensiones de lo eterno, se convierte en un enervante que mantiene a la masa, efectivamente, en el sueño de su ilusión. Nada más contrario a la contemporaneidad con Cristo que implica la pasión, libertad, decisión, seriedad y además desdoblamiento interior hacia la verdad en el instante⁴¹.

El análisis que tenemos que hacer es desde la adecuación de ese contenido de verdad a la libertad del individuo y a su decisión. El mercado

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 129 / *SVI XIV 262*.

⁴¹ N.B. La crítica que presenta el pseudónimo *Anti-Climacus* dentro de *Ejercitación del cristianismo* tiene una intrínseca relación la visión que apenas aquí he insinuado. No deja de llamar la atención que dentro de esta obra se incluya un apartado de un sermón pronunciado por el *Magister Kierkegaard* que recoge *Anti-Climacus* donde se hace referencia a la importancia de la memoria, el sufrimiento por la verdad, es decir, por Cristo. Cfr. Søren Kierkegaard, *Ejercitación del cristianismo*, trad. Demetrio Gutiérrez Rivero. Madrid: Trotta, 2009, pp. 160-161/ *SVI XII 142*.

religioso, lo que se ha denominado religión a la carta, es expresión de la mediocridad del estatus de lo religioso, pues esta forma que ha proliferado no implica al individuo singular en nada, solo lo mantiene fuera. Pero no menos mediocre, si se permite la expresión, es la vivencia tan poco apasionada de la verdad de muchos cristianos de hoy en día, quienes refugiados en sus propios órdenes establecidos, se ven indiferentes ante el hecho de ser testigos dispuestos a sufrir por la verdad. Yo diría con Kierkegaard: ¡nos hace falta vivir en la contemporaneidad del instante!

Bibliografía

- Kierkegaard, Søren. *El Instante*, trad. Andrés Roberto Albertsen. Madrid: Trotta, 2006.
- , *Ejercitación del cristianismo*, trad. Demetrio Gutiérrez Rivero. Madrid: Trotta, 2009.
- Dobre, Catalina, *La experiencia del silencio*, México: Editorial Corinter, 2009.
- Fabro, Cornelio, *Tra Kierkegaard e Marx*, Roma: Logos, 1972.
- Gioisis, Giuseppe, “L’Istante. Kierkegaard e l’attacco alla cristianità costituita” en *Il Religioso in Kierkegaard*, Brescia: Editrice Morcelliana, 2002.
- Goñi, Carlos, *El filósofo impertinente. Kierkegaard contra el orden establecido*. Madrid: Trotta, 2013.
- Guerrero, Luis, “Crítica al orden establecido”, en *Ironía y destino: la filosofía secreta de Søren Kierkegaard*, Barcelona: Herder, 2013.
- Hannay, Alastair, *Kierkegaard. Una biografía*, trad. Nassim Bravo Jordán, Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2010.
- Lippitt, John, *The Oxford Handbook of Kierkegaard*, Oxford: Oxford University Press, 2013.
- Lønning, Per, “Kierkegaards View of Christianity” en *Bibliotheca Kierkegaardiana* Vol. I, Copenhagen: Reitzel, 1978.
- Malantschuk, Gregor, *Kierkegaard’s Concept of Existence*, Marquette University Press, 2003.

Stewart, Jon, *Kierkegaard's Relation to Hegel Reconsidered*, Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

Watkin, Julia, *Historical Dictionary of Kierkegaard's Philosophy*, Oxford: Scarecrow Press, 2001.

Bibliografía y reseñas

